

## 1. PERRO DE PAVLOV

Adrià no quería tener a la beba, al *nadó*, en el departamento. Me decía que en Nueva York eso era ilegal, que no teníamos espacio, le preocupaba que algo nos llegara a pasar. Pero yo le convencí. Lo hice con documentos que probaban que se podía hacer si la partera estaba afiliada a un hospital, o si tenía el consentimiento de un doctor. Compré una de esas piscinas, esas *piscines* inflables, y la tuve lista, llena de agua, para que una noche que volviera del trabajo, de su *treball*, la viera ahí, encima de ese piso de madera que teníamos, al lado de nuestra cama *queen*, para que se diera cuenta de que sí entraba. Le leí algunos fragmentos del libro de Ina May Gaskin, el que contaba cómo se iban en su van por todo el país y las mujeres tenían a sus bebés ahí adentro, acompañadas, abrazadas, cantando y con flores. Son un montón de *hippies*, me dijo riéndose, y me pidió que buscara en el libro y le leyera una entrada de alguna vez que no les haya funcionado. Yo no quería leer nada sobre nacimientos que no fueron, tenía ya casi ocho meses. *Hippies*, le dije, como cuando viajaste con los chicos a Montañita y se quedaron en un hotel que olía a hierba, a hombre, a testosterona y a mierda. Me hubiese encantado conocerte ahí, me dijo, y me pasó un dedo por

el labio superior, pero yo estaba incómoda con la panza y le contesté que yo nunca iba a Montañita.

Algo le convenció el enterarse de que nos cubriría el seguro, la obra social de su trabajo. En ese entonces ya trabajaba muchas horas, espacios de tiempo: de compras mías y caminatas, téis chai y cigarrillos, tirada en los céspedes que encontraba en medio del cemento, en esas plazas de Manhattan.

Yo la invité a la Kate, la *midwife*, a cenar una noche. Quería que Adrià la conociera, que viera que ya había ayudado en partos muchísimas otras veces, miles de bebés, de *nadós*, nacieron dentro de apartamentos diminutos, al lado de mesas o armarios de IKEA, junto a zapatos, posters del *subway*, afiches, refrigeradoras llenas de leche, de esos fideos que no son fideos porque no tienen gluten, al lado de los perros, de los gatos. La Kate no nos habló de eso aquella noche en nuestro departamento, nuestro piso de Queens, allá donde vivíamos, arriba del cucho de chivitos. Era mejor vendedora que yo. Nos aseguró que contrataría una ambulancia que nos esperara abajo durante toda la labor de parto, por cualquier cosa, dijo, aunque nunca me ha pasado «cualquier cosa», dijo, todos los bebés han nacido bien, hasta ahora los veo, dijo, y sacó unas fotos. Adrià tomaba vino y me sostenía la mano por debajo de la mesa y también le miraba las tetas porque había venido con una blusa de flores que era como envuelta por toda su piel y con un gran escote. La Kate las tiene grandotas, o las tenía, ha pasado tanto tiempo, parece que han pasado mil años.

Él miraba las fotos y miraba las tetas, qué le iba a interesar ver bebés, estaba caliente y tomaba vino y no me soltaba la mano y no decía mucho, pero sé que de algo funcionó que haya venido la Kate. Cuando se fue, Adrià ya un poco borracho, me dijo que no era tan mala idea, pero que mejor no dijéramos nada en su *treball*, que ya sabía cómo eran esos

banqueros y peor con los recién llegados, y me pasó de nuevo un dedo por el labio superior, y entonces me di cuenta de que era mi oportunidad y se lo mordí suavemente para que no lo sacara y luego yo, con esa panza encima de sus costillas, sin poder moverme mucho y mientras, estoy segura, él pensaba en las tetas de la Kate, le pedía que dijera que sí, que sí íbamos a tener a la beba, al *nadó*, en la casa. Yo latosa, lactosa me movía y la panza se movía y la beba se acomodaba y me caían gotas de sudor por la cara, y estaba tan gorda, redundante, mis manos también húmedas, con grasa, y él me decía que sí, que sí, joder, que estaba tan caliente y que sí.

El día del parto salí temprano porque quería comprar unos narcisos. Quería recibirla con flores, era primavera. En el camino me comí un mango con sal, limón y chile, lo vendía la mexicana, la viejita que parecía *casera* del mercado. Comentó lo baja que tenía la panza y me dijo que en cualquier rato me iba a salir el bebé. Beba, le dije yo, y me empezó a hablar de la cuarentena, que no me olvidara de hacerla, es muy importante. Lo mejor para los cuarenta días con el bebé es comer sopa de pollo, eso dijo mientras yo me iba por los narcisos. Ya cuando subía las escaleras hacia el departamento, no me gusta tomar el ascensor hasta ahora, sentí mucho calor y una presión en la parte baja de la espalda. Eso lo he contado mil veces. También que apenas entré, le llamé a la Kate, dejé la puerta abierta, y puse los narcisos en el florero blanco pero quedó en la cocina, porque yo me fui a acostar y me quedé dormida. No sé si Adrià recuerda que me desperté con la Kate haciéndome un masaje en el pie, en el punto que supuestamente es el útero. Él ya estaba ahí, ella lo había llamado.

Vibraciones. Sirenas, gritos, pisadas, el aullido del *subway* frenando en Ditmars Boulevard. Línea N. Escupitajos, gente masticando, absorbiendo cafés, los cuchillos que untan *cream cheese* en esos *bagels* cíclopes y blancos. Las pisadas fuertes,

zapatos presuntuosos que viajan a Manhattan, que van a lograrlo en la ciudad. Envoltorios de papel que son estrujados antes de caer en la basura, o en la vereda. Sonidos que dan piel de gallina a la mujer que está por parir. Que cierren la ventana mejor, porque se escucha todo. Yo me desnudo para meterme en la piscina que quedó en el costado de la cama, la Kate la estaba calentando porque Adrià ya la tenía llena hace una semana. Él me quería sostener y hablaba en catalán. Yo me soltaba para taparme los oídos y le gritaba que yo no hablo ese idioma, que no sea idiota. Adentro del agua todo cesa, cerré los ojos y pedí comida.

El agua olía a cloro porque ya había roto la bolsa y así huele ese líquido. Era muy fuerte y se iba mezclando con otros olores: sudor, perfumes baratos, zapatos neoyorquinos, o sea, migrantes. Telas que cubren caras de mujeres que vinieron desde lejos, casadas a la fuerza. Telas negras llenas de secreción. Uno no puede evitar secretar cuando te cubren la boca, como el perro de Pavlov, las babas circulando el mentón, la piel que se languidece. Escupitajos de nuevo, *bagels* blancos con *poppy seeds*, y las veredas de cemento que se van calentando con las pisadas, con el sol. Yo tenía hambre, miré el agua teñida de rosa por la sangre.

Salí de la piscina y le di un mordisco al durazno que me había traído Adrià. Las sirenas más fuertes, la salsa de pescado del Tai de al frente en mi nariz, no es hora del almuerzo, pensé, o sí, no tenía idea del tiempo. Adrià me cubrió con la toalla, una fucsia, la recuerdo bien. Yo sentía algo de placer cuando me quedaba parada, así que me apoyé a la mesa de luz y me tapé la cara. La Kate no sé qué decía, yo sólo escuchaba las sirenas.

La beba terminó naciendo en la cocina porque cuando me desperté del corto sueño que tuve parada decidí que no quería volver a entrar al agua y me fui lo más rápido que

pude hacía allá. Adriá me seguía arrastrando la piscina, se le hizo difícil sacarla de la habitación, sé que se le regó esa agua rosada al lado de la cama y él insultaba y seguía hablando sólo en catalán.

Yo dije que quería ver los narcisos y me tuve que agarrar de la mesada, apretar fuerte las manos con la mirada sobre el piso rojo, me salía tanta sangre. Y sólo pude pensar en mí misma caminando con el abrigo negro, ese de UNQLO, por la calle Siete, Avenida A, cerca del primer departamento que tuvimos, el que Adrià dijo que iba a ser demasiado chiquito cuando la beba naciera. Frenazos del *subway* en Astor Place. Línea 6. Verde.

Cuando recordé, o me transporté, no sé muy bien, al Pichincha, y empecé a contabilizar las casas que están sobre esa montaña, salió la beba. Nació Lola. Naciste, Lola. La Kate la agarró, no había escuchado nada de lo que decía hasta ese momento que gritaba *it's your baby, it's your baby girl*, y lo decía excitada, casi llorando. Adrià la acariciaba a la beba llorando. Se la sacó a la Kate y, al fin, me la pasó a mí. Temblaba al sostenerla y la llené de besos, la sobé, la toqué y gritando dije por primera vez en mi vida: mi *guagua*. Nunca había usado esa palabra antes.

## 2. JUGO VERDE

Son las cuatro de la mañana y ya no puedo dormir, Lola. Así que me he levantado, en puntas de pie. Media encorvada y rara, llegué a la cocina. Puse la pava, quería hacerme un té, pero el agua al calentarse suena como un río frondoso, demasiado para un departamento tan pequeño, el #5A de la 2050.

No sé cómo llegamos acá, hija. Tantas mudanzas que iniciaron desde un lugar que, ahora lo veo, tampoco era tan mío. Malditas o benditas guerras que hicieron que mis abuelos migraran al sur, no al norte como tus abuelos paternos, a un cierto pueblo mesurado por curas que no le permitieron usar a mi abuelo lo único que tenía de ropa, lo único que se pudo traer: un par de bermudas. Tengo imágenes de él que creo que no son ciertas, vestido con una sotana de cura. Él, rubio y pequeño, con un nombre tan alemán, debajo de la sotana las bermudas, y también una estrella de David, rebautizado Ernesto. Mi abuela Hannah escapó de Austria y llegó acá, a Nueva York, no a Brooklyn, al Lower East Side. Trabajó de costurera y dio en adopción a un hijo antes de conocer a Ernesto que vino a buscar mujer. Aquel hijo anterior no tiene nombre en nuestra familia, pero es mi tío. Hannah está

grabado en Ellis Island, pero yo no quiero que lo veas, me da miedo de que pienses que este lugar sí es tuyo.

Llegamos por un accidente que no fue mío, pero así se sintió. Me descolocaron, yo estaba situada con vista a las montañas tan verdes como esos jugos que sé que te vas a empezar a tomar en unos pocos años porque están de moda y son saludables y sirven para estar flaca, y son los que se toma ahora esta chica, esta *influencer*, Gigi Hadid. Le digo *influencer* porque no sé muy bien qué hace, pero sé que todas las chicas quieren ser como ella, Lola. Acá todo el mundo quiere ser otra persona. Tú todavía no lo necesitas, hija, todavía me pides que te desenrede el pelo cuando está muy enmarañado y ya tu cepillo rosa no pasa. La peinilla no te gusta usar, te arranca pelos si no lo hace mamá, dices. Es que te secas muy duro con la toalla y ahí se te hacen motas y bolas porque tienes el pelo tan lacio y tan fino, y también como los herbajes amarillos, largos y suaves de las montañas de donde nos descolocaron.

No sé porqué te hablo en plural, mi pequeña Lola, si tú no llegaste de las montañas. Sólo te has cambiado de Astoria a Brooklyn, pero yo siento que ya te cargaba cuando me descoloque o me descolocaron. Cuando me di cuenta de que siempre estuve desplazada, de que no tengo lugar, yo ya te cargaba.

Acá cuento las ventanas como solía contar las casas en la montañas. Son tantas, hija. Tengo sed, pero no quisiera que el río frondoso te despertara y que me encontraras de nuevo divagando, buscando algún lugar de pertenencia, porque aunque no se diga nada, yo sé que tú lo entiendes y me da miedo haberte heredado el mismo sentimiento, Lola. Ni yo sé bien de dónde eres, si neoyorquina, ecuatoriana, catalana o qué, una rubia de ojos azules *non-white*, hispana. Cuántas etiquetas te dan, cuántas etiquetas te pongo.

El sonido del agua que hace la pava es como el del Río Chiche que no es tan bravo. Ahí donde solíamos, qué digo,

solía ir con mi abuelo ya sin sotana de cura. Él se sentaba en una piedra plana y arraigada a la tierra y abría su libro y no le quitaba los ojos de encima. Los rayos llegándole justo a la coronilla, su pelo era parecido al tuyo sólo que bastante lánguido en esa luz. Yo caminaba por el filo del río, cuántas veces me mojé las bastas de los pantalones y él ni se dio cuenta. Hasta ahora no sé qué leía. Me llevaba algunos fines de semana después de la separación de mis padres, no sé si mamá se lo pidió o lo hizo por voluntad propia. Yo llegaba a casa picada porque había mucho mosquito, pero a mí me encantaba (hasta ahora me encanta) rascarme hasta sangrar y que luego se me hicieran costras y rascarme otra vez y sangrar de nuevo. Luego me quedaban marcas blancas por todas las piernas y los brazos, y las amigas de mamá preguntaban qué me había pasado y luego le recomendaban que me pusiera la Mebo, que eso me iba a sacar las manchas. Y los amigos de mi hermano que me decían, ya adolescente, que era una *carishina*, esa palabra se usaba entonces, y que debía broncearme o algo para sacarme las manchas. A mi abuelo no le picaba nada porque él siempre iba con manga larga y pantalones, ya nunca más se puso bermudas, ni cuando hacía calor.